

V
922
J

BX4700

C56

B6

v.2

1897



FONDO ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso XIII
Fondo Enterrio Valverde y Tellez



VIDA
DE
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
DE CHANTAL
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

CAPÍTULO XIX

Siendo madre según la gracia, no deja Santa Juana Francisca de serlo según la naturaleza.—Sus hijos y sus nietos.

UN acontecimiento terrible, la muerte del joven Barón de Thorens y la de su esposa María Amada de Chantal, que no pudo sobrevivirle y murió de dolor, interrumpió de repente el pacífico trabajo de la composición de las Reglas de la Visitación, desgarró el corazón de San Francisco de Sales, y traspasó sobre todo el de la venerable Madre de Chantal, poniendo su vida en peligro, y llevándola tan cerca del sepulcro que tuvo que recibir los Sacramentos, haciendo ver á los que hubieran podido dudar de ello, la vehemencia con que había amado siempre á sus hijos y la pasión con que seguía amándolos en el claustro.

Permitásenos, pues, desviar un instante nuestras miradas de la naciente Visitación, y fijarlas en los hijos y nietos de la Santa Madre de Chantal, pasando así de su vida pública á su vida privada para buscar y encontrar á la madre en la religiosa y la fundadora.

009230

Recordemos primero el estado de la familia de la señora de Chantal en el momento de abandonar ésta el mundo. De seis hijos con que Dios había bendecido su matrimonio, no le quedaban más que tres, dos hijas y un hijo, que era el primogénito. María Amada, la mayor de las dos hijas, se había casado muy moza con el Barón de Thorens, que era también muy joven y hermano de San Francisco de Sales. Vivía en el castillo de Thorens, á tres leguas de Annecy; venía muy á menudo al convento á ver á su madre, y permanecía en él siempre que su joven esposo, coronel de un regimiento en Saboya, tenía que ausentarse por el servicio de su príncipe, lo que sucedía muy á menudo. La hija segunda de la señora de Chantal jamás dejaba á su madre, y podemos mirarla como la primera y más antigua educanda de la Visitación. Tenía á San Francisco de Sales por director (1) y á su santa madre por maestra, y como el convento de Annecy aún no tenía clausura, salía con frecuencia, ya para oír á San Francisco de Sales cuando predicaba en las iglesias (2), ya para visitar á las familias nobles de la ciudad, donde era muy bien acogida, ya más frecuentemente para ir á casa de su hermana, la de Thorens, en cuyo castillo pasaba los meses de vacaciones y siempre que su santa madre se ausentaba.

En cuanto á Celso Benigno, al salir de Dijón la señora de Chantal se le había confiado al Presidente Fremiot, encargado de su educación hacía largo tiempo, y muerto el Presidente, le había enviado al célebre colegio de Godrans para que acabase allí sus estudios, concluidos los cuales le trasladó á la corte, en la que había sido bien recibido por el recuerdo de su padre el Barón de Chantal, y donde sus talentos y defectos principiaban á colocarle en una posición original, tan brillante como peligrosa.

(1) Carta sin fecha. Es la 573 en las primeras ediciones.

(2) Carta del 8 de Diciembre de 1612.

Tal era la situación de los tres hijos de la señora de Chantal. La fortuna les sonreía. María Amada, ricamente dotada cuando su matrimonio, era Baronesa de Thorens. La magnífica tierra de Bourbilly, destinada para viudedad de la señora de Chantal, aumentada por la muerte del Presidente con el rico señorío de Thotes, y después de la del anciano Barón con la tierra de Sauvigny, formaba, junto con el título de Barón de Chantal, la opulenta legítima de Celso Benigno. En cuanto á Francisca, se la reservaba para su dote el castillo de Monthelón con sus vastas dependencias, y ya estaba en posesión de este título. Y como estos tres hijos eran aún menores, la Madre de Chantal, al dejarles todos sus bienes, y aun su misma viudedad, se reservó su administración. Dos veces, en 1611 y 1612, no titubeó en salir del claustro para ir á recoger en Borgoña las herencias destinadas á sus hijos; y con sus inteligentes cuidados, dobló esta tierna madre en algunos años la fortuna de aquellas prendas de su corazón.

Con esto queda probado que la señora de Chantal había cumplido admirablemente sus deberes de madre. Los acontecimientos que van á suceder, probarán que supo cumplirlos hasta el fin. En 1617, época á que nos ha llevado el curso de esta historia, María Amada, casada en 1609, vivía en la más santa y dulce unión con el Barón de Thorens, é iba á ser madre por primera vez, cuando habiendo estallado la guerra entre Francia y España, recibió el Barón la orden de marchar con el regimiento que mandaba al Piamonte.

Hay en la vida presentimientos singulares. Nunca se habían separado estos jóvenes esposos sin derramar muchas lágrimas; pero esta vez la aflicción fué extraordinaria é inundó sus corazones, sin que les fuese posible contenerla ni moderarla.

María Amada acompañó á su joven esposo un largo trecho de camino, no pudiendo desasirse de sus brazos;

y cuando ya fué preciso hacerlo, «llorando tanto uno y otro que hicieron llorar á cuantos fueron testigos de su despedida, siendo tanta la violencia de su dolor, que ellos mismos se admiraban de poderla sufrir.» Cristianos ambos, su última palabra fué una promesa de servir mejor á Dios en lo sucesivo, y trabajar con nuevo ardor en practicar la virtud si el Señor les concedía la gracia de que el Barón de Thorens volviese sano y salvo del ejército. Fué preciso separarlos, porque no podían desprenderse el uno de los brazos del otro; y cuando el Sr. de Thorens partió á todo galope para ocultar sus tristes sollozos, «esta hermosa tortolilla desolada se retiró, según su costumbre, al lado de su buena madre, teniendo siempre desde entonces arrasados sus ojos en lágrimas, que no podía contener (1).

No hacía más que tres semanas que el joven Barón de Thorens había partido, cuando de repente, y antes que se hubiera disparado un tiro, se supo que había caído enfermo en cuanto llegó, y que se desesperaba de poder salvar su vida. «¡Oh Dios mío! mi querido amigo—escribe San Francisco de Sales al Sr. de Blonay á la primera noticia de esta desgracia,—*dimitte me ut plangam paululum dolorem meum* (2). ¡Ah! espero á cada instante la noticia de la muerte de mi hermano de Thorens, que marchó de aquí hace tres semanas, y el día de la Trinidad estaba en Turín desahuciado de los médicos y sin ninguna esperanza de vida. Ya empieza á correrse en Chambéry la noticia de que ha muerto, y con esto podéis juzgar si necesitaré quince días para consolar á su pobre viuda y tranquilizar un poco mi corazón, hondamente conmovido.»

Al otro día, en efecto, llegó un correo que traía la

(1) *Vida de las primeras Madres de la Visitación*, María Amada de Chantal, pág. 80. Véase una pequeña *Vida* manuscrita de María Amada, en los archivos de Annecy.

(2) Dejadme que lllore un poco mi dolor. (Job., X, 20.)

fatal noticia. Aunque el Santo estaba preparado, se conmovió profundamente, «se dió algunas palmadas en el muslo, y lloró á todo llorar; sin embargo, no sucumbió á su dolor, sino juntando las manos y levantando los ojos al cielo, pronunció tranquilamente estas palabras, entrecortadas por sollozos y suspiros: *St, sí, Dios mío, puesto que lo habéis querido*; añadiendo estas otras, de que se había servido en la muerte de su madre: *He callado y no he abierto la boca, porque vos sois quien lo habéis hecho*» (1).

Lo que aumentaba la pena de San Francisco de Sales era el pensamiento de que María Amada, tan joven, tan amante de su esposo, de solos diecinueve años, y próxima á ser madre por primera vez, iba á morir de dolor con un golpe tan terrible como inesperado. No había dicho aún más que una palabra de la enfermedad del Barón de Thorens, y sólo á la Madre de Chantal, y la emoción que ésta había sentido le hizo conocer demasiado para qué escenas debía preparar su corazón cuando llegara la hora de anunciar semejante noticia á la joven Baronesa. «¡Oh! pensad, mi muy querida hija—escribe á la Madre Favre, encomendándose á sus fervorosas oraciones,—pensad hasta qué punto me toca esta aflicción, y ved cuánto se redobla con la desu joven esposa María Amada y de nuestra Madre, á quien debo quitar mañana la poca esperanza que abrigaba desde que tuvo las primeras noticias de este suceso (2).»

Después que fortificó su alma con una larga y fervorosa oración, el Santo fué, en efecto, al monasterio, y no llamó sino á la Madre de Chantal. Al oír ésta la primer palabra, se estremeció todo su cuerpo, y cayó en un profundo silencio. Temblaba de tal modo pensando que tenía que anunciar á su hija semejante des-

(1) *La vida del bienaventurado Francisco de Sales*, por Carlos Augusto de Sales. Un vol. en 4.º, Lyon, 1694; pág. 497.

(2) Carta del 29 de Mayo de 1617.

gracia, que, por más esfuerzos que hizo para vencerse, no pudo resolverse á cumplir con este deber, y así fué menester que el Santo se encargase de ello; y como, según su costumbre, María Amada debía confesarse al otro día, se convino en que se la comunicaría en aquel acto, y se le ocultaría hasta entonces.

Sin embargo, María Amada había notado que habían llamado á su madre al locutorio, y sin saber por qué, sintió de repente una opresión de corazón que la estremeció. Lo largo de la conversación aumentó sus temores, y esperó á su madre para ver qué semblante traía. Pero esta mujer fuerte tuvo tal imperio sobre sí misma, que aunque tenía el corazón deshecho nada pudo conocer su hija.

Solamente, hablando con esta hija querida, dijo algunas palabras en la conversación, como por casualidad, respeto al amor de Dios y al abandono en su voluntad, para prepararla poco á poco á recibir al día siguiente la triste noticia con más valor y sumisión.

Al otro día, en efecto, después que María Amada se confesó, y el siervo de Dios, con sus dulces palabras, preparó su espíritu: «Y bien, hija mía—le dijo;—¿no somos de Dios enteramente?—¡Oh! Ilmo. Señor — dijo la penitente,—sí, de todo punto.—Y ¿no estamos prontos á recibir de su mano santísima todo lo que guste enviarnos?—Sí, Ilmo. Sr. y Padre mio; pero ¡ay!—dijo con un profundo suspiro.—¡Vos queréis decirme que mi querido esposo ha muerto!» El Santo no respondió sino con sus lágrimas, y María Amada, rompiendo en lágrimas y sollozos, «¡ay Dios mio, Dios mio!—exclamó:—¿es verdad? ¿Me habéis quitado á mi querido esposo? ¡Ay, ay de mí! ¿Qué queréis que haga?»

La Madre de Chantal estaba á la puerta. A los gritos de su hija entró para consolarla á su vez y sostenerla. Pero había contado con una fuerza de que no era capaz; al ver á su hija sollozando y próxima á desma-

yarse, sintió que el corazón se le partía, y dando un grito perdió el sentido y cayó en el suelo desmayada.

Imagínese cuán conmovedora sería semejante escena. La madre y la hija, traspasadas de dolor, habían perdido el conocimiento, y el Santo Obispo estaba de rodillas inundado en llanto y ahogado por los sollozos.

En cuanto pasó el primer momento de dolor, y la fortaleza cristiana venció el impetu de aquél, el Santo Obispo fué á la capilla y dijo la Misa por el querido difunto. María Amada la oyó desde la sacristía, para que pudiese con más libertad dar curso á sus lágrimas. Con el rostro bañado en llanto, pero sin perder nada de su angelical aspecto, con su dulce voz, dejaba escapar de cuando en cuando algunas palabras que traspasaban el corazón de los que la oían: «¡Ay, Dios mio, único y verdadero bien mio! ¿Qué habéis hecho? ¡Ah, qué herida tan profunda! ¡Oh Dios mio, amparadme!; vuestra mano, que me ha herido, es la sola que puede curarme!»

Algunas veces, cruzando las manos y levantando los ojos al cielo, decía en alta voz sin conocerlo: «Salvador mio, vos sois quien me habiais dado este querido esposo, ¿por qué, pues, me lo habéis quitado, cuando su presencia, lejos de separarme de vuestra Majestad, me unía á vos más íntimamente? No obstante, Dios mio, soy vuestra, y quiero serlo más cada día: cortad, rajad, haced lo que gustéis; pero dadme fuerzas para soportar el peso de vuestra mano. ¡Oh Dios mio, yo no era digna de tener un esposo como él! ¡Ay! tengo necesidad de un socorro extraordinario, porque mi dolor es un dolor de muerte.»

Cuando llegó el momento de comulgar, su madre, que no la había dejado un instante, la llevó al coro, y en la santa Mesa, la joven viuda hizo en secreto voto de castidad; y habiendo recibido la Sagrada Eucaristía, se entregó total é irrevocablemente al amor de nuestro Señor.

Desde este momento estuvo más tranquila, con las manos juntas, levantando dulcemente sus ojos hacia el cielo, y dejando correr de ellos arroyos continuos de lágrimas, sin movimiento ninguno, como las caudalosas aguas que corren sin ruido.

Algunas veces, sin embargo, se entreabrían sus labios, y se la oía pronunciar estas palabras: «¡Oh Jesús, amor mío, hágase tu voluntad en la vida y en la muerte! ¡Oh Jesús, toda soy tuya! ¡Oh pasión y muerte de mi Salvador, os amo y reverencio! ¡Jesús mío, os abrazo y elijo por mi esposo!»

Desde entonces no se secaron sus lágrimas. En vano se le rogó moderase su dolor, y se conservase para el hijo que llevaba en su seno. ¿Quién es dueño de sí mismo en semejantes ocasiones? Vistió un luto muy severo, no quiso llevar ningún adorno, principió á vestirse sola, á servirse á sí misma, aumentó sus ejercicios de devoción, y se dió más completamente á Dios.

Tres meses se pasaron en esta alternativa de amor y de dolor, al cabo de los cuales le sobrevino un parto prematuro con tal violencia, que fué imposible sacarla del convento; y después de algunas horas de terribles dolores dió á luz un hijo, que no vivió sino algunos instantes. La Madre de Chantal le recibió en sus brazos, le bautizó en seguida y le vió morir en sus manos. La joven y desolada madre, olvidando sus dolores, se informó de su hijo; y habiéndola respondido su santa madre que tenía un ángel en el cielo: «¡Ay!—dijo la moribunda—¿ha vivido tan poco este pobre niño que está ya entre los ángeles?» Y levantando los ojos al cielo: «¡Oh Dios mío!—dijo con un acento de viva fe y de sumisión á la divina voluntad;—si esta criatura hubiese vivido, hubiera yo debido conservarme para él; ahora soy toda vuestra, enteramente vuestra.»

Dictó su testamento con el más perfecto conocimiento, y arreglados sus negocios temporales, hizo ver

las grandes y puras luces con que se disponía á presentarse delante de Dios. Apenas contaba diecinueve años, sufría terribles dolores, y estaba casi agonizando; y no obstante, se la veía con ánimo tranquilo y una paz y serenidad enteramente divinas.

A las ocho de la noche juzgó el médico que la enferma estaba de mucho peligro, y que apenas viviría tres ó cuatro horas, por lo que la Madre de Chantal avisó á San Francisco de Sales, rogándole viniese al monasterio. Acudió al momento acompañado de algunos eclesiásticos, que se conmovieron profundamente, y se deshicieron en llanto, viendo el fervor de la santa agonizante.

Se confesó, y recibió el santo Viático con maravillosos sentimientos de piedad; después, juntando las manos, dijo á su buena madre: «¿Me atrevería yo á pedir una gracia?» La Santa, que sabía cuán tiernamente había amado á su marido, imaginando que desearía ser enterrada á su lado: «Hija mía—le respondió,—dí lo que quieres, y si es posible se tratará de hacerlo.—Madre mía—dijo entonces la moribunda—os pido con toda humildad la gracia de tomar el hábito de la Visitación.» Y volviendo sus ojos hacia el Santo Obispo: «Ilmo. señor—dijo,—confieso que soy indigna de esta gracia.» A estas palabras los sollozos se oyen en todo el cuarto, los ojos del Santo Obispo se inundan de lágrimas, y la venerable Madre de Chantal, de pie á la cabecera de aquel lecho de muerte, no pudo ya contener los gemidos que le arranca su dolor.

Al momento ponen á la moribunda un hábito de novicia, y como el peligro era cada vez más inminente, el siervo de Dios le preguntó si deseaba recibir la Extremaunción. «¡Oh, sí, con todo mi corazón, Ilustrísimo Señor—respondió,—no había pensado en pedirla. ¿He cometido falta en no haberlo hecho?» El Santo Obispo la aseguró de lo contrario, y la moribunda re-

cibió el último Sacramento con ánimo sereno, siguiendo todas las ceremonias y respondiendo á todas las oraciones. «Ilmo. Señor—dijo después,—me habéis dado el hábito de novicia, y en mi corazón tengo hechos mil veces los votos de religión. ¿No tendría yo el consuelo de hacerlos verbal y solemnemente?» San Francisco de Sales consintió en ello. «¡Dios mío! ¡Qué gracia—decía la joven moribunda,—ser á un tiempo novicia y profesita! Querida madre mía, ¡cuán abundante es la misericordia divina con vuestra pobre é indigna hija.» Pronunció en voz alta los santos votos, y el bienaventurado la puso el velo negro y la cruz de plata, pero no hubo necesidad de cubrirla con el paño mortuario para recordarla que debía morir al mundo y á sí misma. El lecho en que estaba tendida se lo decía bastante.

Nos es preciso renunciar á pintar el estado de la santa Madre de Chantal en este momento supremo. Era madre, y si hay alguna cosa inefable aquí abajo, es el grito del dolor materno. San Francisco de Sales, que temía que este dolor, contenido en algunos instantes, pero que estallaba en otros de un modo desgarrador, hiciese mal á la moribunda, rogó á la Santa se contuviese un poco. La joven agonizante lo oyó, y mirando tiernamente á su madre, como para consolarla: «Esta madre querida ¡oh! la quiero mucho más de lo que puedo expresar.» Y después: «¡Oh madre mía, cuánto sufro! ¡Dios mío! ¡Qué terribles son mis dolores! Pero ¿qué son, comparados con los de Jesús en la Cruz?»

Viéndola el siervo de Dios tan acosada por los dolores, y conociendo por otra parte la grandeza de esta hermosa alma, le propuso hacer un acto heroico y extraordinario de virtud. «¿Os conformaríais gustosa, querida hija mía—le dijo,—en permanecer padeciendo así hasta el fin del mundo si tal fuera la voluntad de Dios?—Sí, Ilmo. Señor—respondió con vehemencia,—no solamente en estos dolores, sino en los que guste en-

viarme. ¿No soy toda suya sin reserva ni excepción?» Después quedó en silencio. Sus ojos se cerraron, y sus labios se entreabrieron. Difícil hubiera sido decir si dormía ó estaba en contemplación. En su frente principiaba á levantarse como una especie de claridad inefable, como la del día cuando amanece. Su rostro se transfiguraba insensiblemente, y al verla así nadie hubiera creído que estaba tan próxima á la muerte. Se parecía mucho más á lo que va á florecer que á lo que se va á marchitar.

En fin, á las dos de la noche abrió los ojos, y dijo con entereza: «¡Ah! esta es la muerte, es preciso partir; se apodera de mi corazón, pero mi Jesús se apoderó antes de él, y siempre será su único dueño.» Y pronunciando tres veces el nombre de Jesús, al acabar de pronunciarle la tercera expiró, con los ojos levantados al cielo, el 6 de Septiembre de 1617, á la edad de diecinueve años, dos meses y seis días.

El bienaventurado Obispo, que era hacía mucho tiempo el director de María Amada, «la asistió hasta el último instante, cerrándole por fin uno de sus ojos, mientras su buena madre tuvo el valor de cerrarle el otro (1);» después de lo cual, no pudiendo contener su dolor, agobiada por tantas y tan grandes angustias, cayó la Santa desmayada.

Mientras que la Madre de Chantal, al volver de su desmayo, quedaba aniquilada por el golpe que le había herido, San Francisco de Sales, saliendo del convento, mandaba poner su coche y se alejaba de la ciudad. «Sus criados se figuraban—dice el Ilmo. Sr. Camús—que iba á su castillo de Sales, el cual dista sólo tres leguas de Annecy, para distraerse y consolarse. Pero cuando supieron que venía á verme, le recordaron la aflicción extraordinaria en que quedaba la madre de la difunta,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 132.

y que tenía necesidad de consuelo.—No conocéis ni mi afecto ni mi dolor—les respondió,—si creéis está más afligida que yo. Conozco bien toda la fortaleza de su espíritu y la debilidad del mío. ¿Qué consuelo podría yo prestarla, cuando lo necesito aún más que ella? Permittedme, pues, que le vaya á buscar donde pienso encontrarle.—Me vino, pues, á ver—continúa el Ilmo. señor Camús,—y me contó la historia de esta santa muerte, precedida de tan piadosa vida, con tantas lágrimas, que pensé deshacerme con él en sentido llanto. Apreciaba mucho, y según Dios, las insignes virtudes de la madre, pero tenía tan alta idea de la perfección sobrenatural que Dios había derramado en el alma de la hija, que hablaba de María Amada como si hablase de un ángel más bien que de una criatura mortal (1).»

A su vuelta de Belley, fué inmediatamente al convento. La Madre de Chantal estaba anonadada. Para aumento de su pena, una duda angustiosa torturaba su corazón. Había bautizado, en momentos apurados, á su nieto moribundo. ¿Lo había hecho bien? ¿Se había servido de agua? ¿Había pronunciado con exactitud las palabras sacramentales? Registraba su memoria en todos sentidos, pero le era imposible recordar exactamente lo que había pasado, y entonces arroyos de lágrimas inundaban sus ojos, pensando que por su imprudencia y precipitación sería quizá la causa de que aquella alma no viese jamás á Dios y se quejase eternamente contra ella. Al instante que vió á San Francisco de Sales se echó á sus pies, llorando y confesando su culpa. «¡Oh padre mío, padre mío! ¡Que sea yo la causa de que un alma no vea nunca á Dios! ¡Que sea yo causa de tal desgracia!» El bienaventurado, cuya mirada era tan penetrante, conoció al punto el origen y carácter de esta tentación. «Madre mía—la dijo,—¿de qué proviene

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 132.

esto? De que os miráis y os consideráis á vos misma.» Brilló la luz. La Madre de Chantal comprendió que sentía menos el daño que la parte que en él tenía, y que de este modo había en su turbación mucho amor propio mezclado con el amor de Dios. Se humilló, y desapareciendo la turbación de su espíritu, recordó claramente que había cumplido con exactitud y fervor las santas ceremonias prescritas por la Iglesia.

En este día se verificó el entierro de María Amada, que estaba aún tendida en su fúnebre lecho, más hermosa que cuando estaba viva, y rodeada de una porción de gentes que deseaban tocar al cuerpo rosarios y medallas, pidiendo licencia al Santo Obispo para poder invocarla. Parecía, en efecto, un ángel. Se la enterró con su hábito de religiosa, la cruz de plata sobre su pecho y una corona de rosas blancas en la cabeza (1).

En cuanto volvió á su casa después de tales trastornos, San Francisco de Sales escribió á la Madre Favre,

(1) Al salir de la ceremonia, San Francisco de Sales escribió en el libro de defunciones del convento el proceso verbal que sigue:

«María Amada de Rabutin, hija de nuestra Madre y viuda de Bernardo de Sales, Barón de dicho lugar y de Thorens, después de mil y mil deseos de ser recibida en esta Congregación, habiendo caído enferma sorprendida por un repentino accidente en esta casa; con una resignación sin igual, una rara dulzura y profunda humildad; con un espíritu completamente tranquilo; con palabras distintas, suaves y claras, después de haberse confesado y recibido la absolución sacramental, pidió el hábito de la Visitación, que le fué concedido por la gran devoción que había manifestado; y habiendo recibido la santa Extremaunción, pidió hacer los sagrados votos; y habiéndosele también concedido, los hizo con valor sin igual, expirando tres horas después, sin dejar de pronunciar suavísima y devotamente hasta su último suspiro la palabra ¡Viva Jesús! Fué admitida al hábito y á la profesión por su Obispo, hermano de su difunto esposo, y por su madre, superiora de la Congregación, y por todas sus Hermanas, que estuvieron presentes á su amable y devota muerte el 6 de Septiembre de 1617; porque en este día fué acometida del accidente mortal, á las ocho de la noche, á las nueve recibió el hábito, á las diez profesó, y entre la una y las dos de la madrugada del día 7 del dicho mes, que era víspera de la Natividad de Nuestra Señora, pasó á mejor vida, dejando un grande ejemplo de devoción y un consuelo espiritual incomparable á los que, sintiendo por